

EL JUICIO

El hospital se encuentra en muy mal estado. Después del intenso bombardeo alemán, es un edificio semidestruido que se mantiene por milagro en medio de otros, que yacen desparramados por el piso, como si un niño gigante jugase con ellos y luego olvidase volver a armarlos. Tú estás acostado sobre una cama limpia, cubierto por sábanas blancas. Tu cara es el reflejo mismo del cansancio. Pero luces mejor que la última vez que te vi. La enfermera me dijo que esta tarde te trasladarían a otra ciudad. Supongo que es lo mejor. Ellos saben que hacer. Sin embargo, en este momento necesito una palabra de apoyo. Una palabra que tan sólo tú me puedes proporcionar. Xillen ahora es imparcial. Es intocable e inaccesible. Más estás con los ojos cerrados, soñando con sólo Dios sabe qué cosas y es un sueño tranquilo, reparador. Y aquí me encuentro, sentado frente a ti, queriendo comunicarte mi resolución respecto a Heitter y sin pronunciar una palabra, por que sé que no me escucharás.

Miro con mayor atención lo que me rodea y en mi cabeza se recrea la escena del castillo, después de la primera batalla. Muchas mujeres revoloteando entre hombres heridos y agonizantes. A pesar de avanzar mil años en la historia, todo es igual. El hombre sigue siendo el mismo hombre: siente igual, se comporta igual y piensa igual. Sonríe con amargura, comparando el momento actual con lo que vivimos y no veo diferencia alguna. Siempre es lo mismo, nada cambia. A pesar de que nos calificamos de superiores a nuestros antepasados, a pesar del orgullo de nuestra supuesta “evolución”, seguimos comportándonos igual como el primero de los cavernícolas.

No, nosotros no avanzamos. No adelantamos a nuestro antecesor, el simio, sino por unos pocos metros en la cadena evolutiva.

¿O retrocedido?

Más no quiero pensar en ello. No quiero pensar en nada. Quiero pensar en Heitter, en el destino oculto que se encuentra en el futuro. En la posibilidad cercana del fin a este sufrimiento.

A todo este juego...

Aprendí mucho durante el tiempo que he combatido en este mundo. Demasiado, diría yo. Llegué a una conclusión, y es que la recompensa que recibimos como guardianes, es la peor forma de castigo que existe. Sé que en nuestro mundo, la gente mataría por conseguir el conocimiento que tú, yo y... Heitter... - sí, también incluyamos a Heitter en este grupo – adquirimos. Y sin embargo el exceso de conocimiento es insoportable. Saber de antemano el resultado de un paso y saber que es imposible evitarlo, por que el que lo comete no te va a escuchar por la misma naturaleza del hombre.

Estamos encerrados en un círculo vicioso donde lo único que evoluciona y cambia es la tecnología. Lo demás, la regla primordial de nuestra vida, sigue igual.

Matar para sobrevivir, independientemente del campo al que se aplique esta conclusión. Ya sea por comida, ya sea por tierra, ya sea por fe...

Si hasta por una cualidad como es el amor, el hombre mata. Me aterra pensar en ello. Quizás esté equivocado y llegué a esta conclusión gracias a las penalidades sobrellevadas. Más mi experiencia me empuja a pensar así. No sé si tú, después de recibir estas heridas, de vivir alimentándote de odio, de sufrir por miles de años, aprendiste algo. Me gustaría escuchar tu voz en este momento, una palabra de alivio, un consejo, algo... Pero estás sumido en la inconsciencia, navegando sin rumbo en algún lugar de la mente, tal vez necesitando el mismo consuelo que yo...

Pregunto a una de las enfermeras si Xillen ha venido a visitarte. Me responde que no. Aunque ello me entristece un poco, no me extraña. De nuevo se refugió en su niebla de imparcial, aunque muy dentro de mí, siento que nuestros nombres permanecerán en su corazón por mucho, mucho tiempo después de que nos vayamos para siempre a un merecido descanso.

Me levanto con lentitud y te miro por una última vez. Después, doy la vuelta y salgo. El frío me envuelve de inmediato, como un manto pullante. La respiración se corta de momento y siento los pulmones arder con las primeras bocanadas de aire que aspiro. Camino de regreso al carro, donde mi ordenanza espera con impaciencia. Hacía rato deberíamos regresar al frente. El último ataque está planeado para mañana y tengo que revisar por última vez las disposiciones de nuestras tropas antes del combate.

Monto en el carro y el chofer arranca y avanza por una carretera llena de cráteres, producto del bombardeo. Pasamos de largo por un campo y recuerdo con dolor que era el campo de prisioneros. No estuve ahí, pero lo que me contaron los que entraron, erizaba los pelos a cualquiera. Los mismos alemanes pasaban hambre y los prisioneros estaban condenados a una muerte por inanición. Los cadáveres eran innumerables y para entrar en el campo, había que, literalmente, caminar sobre ellos.

Estaban tirados en la tierra, congelados hasta el punto de no poderlos mover. Los pocos sobrevivientes parecían esqueléticos reflejos de lo que debía aparentar un ser humano. Cubiertos de piojos, pulgas, llagas e innumerables heridas que en muchos casos todavía supuraban. La mayoría estaba tan debilitada que no lograba articular palabra, otros deliraban constantemente. Muchos de los rescatados morían en manos de las enfermeras, quienes inútilmente, bañando en lágrimas a los cadáveres vivos, trataban de alimentarlos y limpiarlos.

Las epidemias no se hicieron esperar y ya teníamos considerables bajas tan sólo por el tifus. La mayoría de las bajas fueron entre el cuerpo médico y esas mismas enfermeras que con esmero, amor y compasión auxiliaban a los rescatados, morían días más tarde, acompañando en un viaje sin regreso a aquellos que trataron de socorrer.

Era una prueba impresionante y enloquecería a una persona de mente débil. Más en esta guerra, todo y todos estaban envueltos en la coraza del odio, la venganza, el deber, la amistad y el amor. Y mientras avanzo a enfrentarme con mi destino, pienso cómo se complementan, después de todo, esos sentimientos y

cómo son los sentimientos que a la larga definen el curso de la historia y la vida de miles de personas.

La verdad de la vida, como la entiendo ahora, radica en los impulsos básicos que residen en algún recóndido lugar de nuestra mente.

Miro a lo lejos la nube de constante humo negro que se eleva sobre la ciudad y no encuentro la forma para explicar el coraje y férrea fuerza de voluntad de los hombres que la defendieron durante meses, contando con muy poco apoyo y que además tuvieron la fuerza suficiente como para contener el avance alemán y luchar cuerpo a cuerpo en las calles de una ciudad semidestruida. Hombres que decidieron entregar su propia vida y no dar un sólo paso atrás, con las posibilidades en contra.

Imagino esto y en mi mente se forma la imagen de los combates que sostuvimos tiempos atrás. Combates que ganamos en contra de todas las expectativas. Combates que ni siquiera imaginé ganar. Y en los momentos cuando me veía perdido y cuando estaba seguro de que la muerte vendría como una sombra acogedora y me libraría de los pesares; el coraje y, en algunas ocasiones, la locura que se apoderaba de nosotros, nos hacía ganar. Quizás por que nunca perdimos la fe, quizás por que nunca consideramos siquiera la posibilidad de rendirnos, quizás por que queríamos luchar hasta el último aliento sin pensar en la posibilidad de retirarnos o huir, como lo hizo Heitter...

Cuando pienso en esto, me pierdo entre las posibilidades y las razones por las que sobrevivimos...

Incluyendo a Heitter...

I

El castillo era muy parecido al que nosotros defendimos. A medida que nos acercábamos, distinguí la guardia de honor dispuesta a su entrada y las banderas de ambos bandos que adornaban cada lado de camino, oteando salvajemente, mecidas por una brisa matutina fuerte. Miguel, ataviado con sus mejores armas, caminaba delante de nosotros, llevando a su caballo por las bridas. Xillen lo seguía, montando un corcel moteado y yo cerraba la procesión, caminando igual que Miguel. No imaginaba qué clase de juicio sería este. Tampoco siquiera me acercaba a la idea de un castigo equiparable a la falta de Heitter, sin que fuera la muerte.

Entramos por la puerta principal, mientras la guardia de honor nos saludaba. Ninguno correspondió el saludo. Nuestras mentes estaban ocupadas, pensando en lo que nos esperaba en esos recintos, en el futuro de Heitter. Pasamos una puerta, una sala, otra puerta, un salón y otra puerta, hasta que entramos en una sala cuyo único centro de atención era una larga mesa, ubicada en el medio y rodeada de sillas. No había otro mueble. Esa era la mesa, tras la cual se decidiría el futuro de Heitter y, de paso, el de nosotros. Los guardianes del otro bando no llegaban aún, así que exploramos el lugar un poco relajados. Miguel recorrió la habitación, siguiendo las paredes, y luego se sentó. Xillen y yo ya lo habíamos hecho y ahora esperábamos a los otros miembros de este extraño jurado, en silencio.

— ¿Y bien? — Miguel nos interrogó con la mirada.

— Supongo que esperar. — Respondí, lacónico.

No alcancé a terminar la frase, cuando la puerta se abrió y entraron nuestros enemigos. Xillen se levantó, cortés, para recibirlos. Miguel se estiró despectivamente sobre la silla y colocó los pies sobre otra, haciendo todo el ruido posible, tratando de llamar la atención sobre él. En cambio yo, me quedé como hipnotizado, mirando las caras, rasgos y formas de aquellos seres que entraban en la sala, intentando memorizar cada una de sus facciones características, para después, luego de que acabara este mal llamado juicio, localizarlos con mayor facilidad en medio de una batalla y tirar contra ellos primero para acabar más rápido. No sentía ni odio ni curiosidad. La más grande apatía me embargaba. Tan sólo me interesaba conocer quiénes y cómo eran. Reconocer a mis enemigos. Pero el último personaje que entró, llamó de inmediato mi atención. Era otro humano. Era un poco alto, moreno y sus rasgos me parecían curiosamente familiares. Intenté hacer memoria, pero no lograba acertar dónde le había visto. Decidí dejar el tema para más tarde, aunque la curiosidad se despertó en mi interior.

Se sentaron en silencio y durante largos minutos nadie pronunció palabra. Nos mirábamos con incredulidad. Perplejos por el simple acto de compartir una habitación sin lanzarse unos contra otros a cuchilladas. Ni siquiera Xillen, quién sería la más apropiada para iniciar la conversación, tomaba la iniciativa. Parecía que esperábamos que algo sucediese. Una señal, cualquier cosa que nos obligara

a ver que era la cruda realidad y no un sueño lo que vivíamos, y así fue. Una puerta lateral, en la que no me había fijado, se abrió y entraron dos seres cuyo cuerpo era casi transparente. Parecían hechos de niebla, pero se alcanzaban a distinguir algunos rasgos que definían una forma. Todos, incluso los guardianes del bando contrario, nos levantamos al unísono, siguiendo un impulso misterioso e inclinamos nuestras cabezas en señal de respeto y reconocimiento. Pero ese saludo era algo más, e intuí, casi instintivamente, que esos seres eran un Maestro de cada bando.

Lancé una mirada rápida a Miguel, pensando que todavía estaba echado sobre su silla con los pies al aire, y con agradable sorpresa descubrí que se encontraba de pie, haciendo la misma humilde reverencia que el resto de los presentes. Se sentía un aire misterioso en el ambiente que, vagamente, me recordaba la primera vez que acudí a las puertas de este mundo. Este pensamiento me envolvió en nostalgia al recordar que en ese momento éramos cinco. Un sólo grupo. Una sola amistad...

Los Maestros correspondieron el saludo y tomaron asiento a la cabecera de la mesa en posiciones contrarias, separando simbólicamente a un bando del otro. Todavía no sabía a ciencia cierta cual de ellos era el Maestro que representaba mi bando y eso me causaba cierta aprensión. Quizás quería saber quién era tan sólo por reconocer a aquel a quién yo representaba en el campo de batalla; quizás, para seguirle el juego en lo que dijera, para de esta forma relegar la decisión de este juicio en él.

— Sed bienvenidos a esta mesa de deliberaciones, en la cual hemos de tomar la decisión difícil que implica el castigo a un ser vivo que traicionado ha lo que esta conflagración representa y olvidado que él es una ficha bajo la mano de un jugador, ser queriendo lo que no se es. — Dijo el ser de la derecha a modo de introducción, dando de esta manera comienzo al debate.

— Tened en cuenta que no vamos a discutir acerca del acto que este ser cometido ha, ni en detalles entraremos si es una falta o no. Es clara la culpa en este caso y decidir tan sólo queda el castigo que semejante acción se merece. — Complementó el ser de la izquierda.

Las voces de ambos Maestros eran fuertes y la entonación de la voz, hacía parecer aún más grave el delito. La mesa quedó en silencio, mientras esperábamos si estos seres, que rallaban la divinidad, tenían algo más que agregar, pero ellos permanecieron en silencio y esto dio por abierto el debate. Comprendía que de ahora en adelante, ellos se limitarían a escuchar, mientras nosotros tomábamos la decisión. Sin embargo, en ese momento no se me ocurría un castigo apropiado. En mi mente rondaba la muerte así que, con prudencia, esperé a que alguien más tomara la palabra. Un ser, que parecía una réplica exacta de Vilikres, pidió la palabra:

— Nobles todos, — saludó, inclinando por la mitad su forma. — No sé qué clase de castigo imponer a alguien que ha caído tan bajo. Por lo menos, no se me ocurre un castigo ejemplar. Sé que no se le castigará con la muerte, ni tampoco se retirará su título de guardián. Más una idea se forjó en mi cerebro y que sería una

parte del castigo. Se me ocurre que el principio de este castigo, sea el que no regrese a su planeta y a su cuerpo, hasta que uno de los bandos sea eliminado.

El scringchiano no alcanzó a terminar, cuando yo ya había lanzado una enérgica negativa:

— ¡De ningún modo! — Xillen me agarró del brazo, indicándome calma, pero mi mente se iluminó y, haciendo caso omiso de mi amiga, continué. — Eso no es un castigo, ¡es una recompensa! La recompensa de los guardianes es el conocimiento y mientras más tiempo él permanezca aquí, mayor conocimiento adquirirá. ¡No voy a permitir eso! Lo mejor sería dejarlo confinado en el planeta y obligarlo a presentarse únicamente cuando esté a punto de iniciar un combate. — Me detuve en ese momento y guardé un obstinado silencio, esperando a que el scringchiano me respondiese. Pero éste prefirió guardar silencio.

Entonces, el humano del bando contrario se levantó y dijo con una calma casi exasperante:

— Aunque la idea de mi amigo Tylais no es buena, tampoco lo es la tuya.

Y diciendo esto me miró directamente a los ojos con una sonrisa tan característica, que de inmediato reconocí dónde y cuándo vi a ese personaje. Era el joven que alguna vez, siglos atrás, en el planeta, se atravesó frente al carro y luego se burló de mi impotencia con un gesto bastante claro. Creo que en ese momento comprendió que lo reconocí y, dándome a entender que también sabía quién era, sonrió aún con mayor amplitud y desde la manga de su túnica, con estupor, vi que me hacía el mismo gesto que hizo una vez frente al carro. Extrañamente, no sentí ninguna furia. Únicamente un ligero atisbo de malestar. Ignoré olímpicamente la provocación y con beligerancia le indiqué que continuara. Esto exasperó al hombre y su sonrisa se borró como por arte de magia, dando lugar a una máscara de mutismo.

— Como decía, — continuó el hombre, — esta propuesta tampoco es del todo buena, ya que no sólo se le da castigo a él, sino a todos nosotros al privarnos de un buen líder y estratega...

— De un buen asesino que tiene aterrorizados a los aliens... — Gruñó por lo bajo Miguel, pero justo en ese momento el humano terminó de hablar y todos los presentes escucharon con claridad la frase. Las miradas se clavaron de inmediato en Miguel y éste, lejos de apabullarse, respondió con furia todas y cada una de ellas.

— Si algo tu mente ronda, sin más dilo. — Ordenó el ser de la derecha y Miguel, de mala gana, obedeció.

Se levantó con lentitud, desafiando con cada movimiento de su cuerpo a los presentes, incluso a los Maestros. Se cruzó de brazos, orgulloso; barrió con la mirada la habitación y soltó a bocajarro:

— Tengo una forma de castigo. Él ya no es un hombre. No sé las costumbres que tengan ustedes, — miró a los extraterrestres, — pero nosotros, por lo general, sometemos a una prueba al que cometió una ofensa. ¡Quiero un duelo con él! — Al decir esto, la incredulidad y sorpresa se pintaron en los rostros, pero Miguel continuó: — Acabaré con Heitter con rapidez y continuaremos con nuestra rutina.

Se extendió un gran silencio, mientras todos pensaban y analizaban esta forma de castigo. La idea parecía buena y, sin embargo, algo estaba mal. Algo no cuadraba. Xillen fue la primera en darse cuenta qué era:

— Amigo mío, — comenzó ella, — como siempre, estás dispuesto a todo para dar fin a tu búsqueda y un grave error cometes. — Miguel la fulminó con la mirada, pero guardó silencio y se sentó. — Quieres convocar a un campo de honor a un ser que el significado de dicha palabra no conoce. Quieres medirte por igual con un ser, al cual desprecias, y a quién eres superior... — Xillen se detuvo y recorrió con los ojos la habitación, hasta detenerse sobre el grupo de guardianes enemigos. — Vosotros debéis olvidar que el llamado Heitter es su amigo o líder. A su muerte los abandonó en el campo de batalla... Frente a la muerte los dejó, mientras buscaba con afán su propia salvación. No busquéis una salida ventajosa para aquel que los ha humillado, asesinado, vendido y despreciado. Por más que queráis ganar este combate titánico, en este momento pensar debéis en lo que este ser ha realizado y el castigo que merece por ello. — Se detuvo de nuevo, hasta fijar sus ojos en mí. — Y tú, Enrique, no debes olvidar que causarle la muerte no es permitido, ni privarle de su título de guardián. Ello implica que no se le negará el conocimiento y tampoco prisionero será de cualquiera de los mundos.

Guardamos un profundo silencio. Todos nos equivocamos y sólo Xillen se dio cuenta de ello. Llegamos para imponer un castigo, pero ese castigo lo planteamos de acuerdo con nuestras propias ambiciones, intereses y emociones. Había que dejar de lado todo esto. Dejar de lado el individualismo y por primera vez pensar el castigo que merece este ser, sin importar lo que representase para nosotros.

En ese momento pensé el mal papel de jurado que representábamos, el mal jurado que, estaba seguro, llegaría a una endeble sentencia. Y por primera vez pensé, que quizás nosotros no éramos los indicados para juzgarlo. Mejor juicio le harían las almas a las que representaba, que aquellas que compartían su cargo.

— Las palabras expuestas, Xillen, tienen sentido. — Volvió a tomar la palabra el scringchiano, levantándose con pesadez. — Me disculpo ante todos por mi pensamiento parcial, más algunas palabras de las que aquí se pronunciaron han llamado mi particular interés: el humano Heitter perdió el honor, su posición espiritual y dejó de ser hombre. Entonces, creo yo, que la parte importante y la esencia del castigo, es el quitarle esta humanidad. Únicamente tres, de los aquí presentes, son dignos para imponer dicho castigo. — Y con un rítmico movimiento de su cuerpo, meciéndose al compás de las metálicas palabras, nos señaló: — Tú, el llamado Miguel; tú, el llamado Enrique; tú, el llamado Camilo. Nosotros no tomaríamos una decisión correcta ya que no comprendemos la naturaleza humana, así como ustedes no comprenderían la nuestra.

Dicho esto, el scringchiano calló y se sentó. Enseguida se desató una polémica de la cual, por extraño que parezca, los tres humanos no tomábamos parte. Personalmente, esta idea me gustó y, por la forma en la que brillaron los ojos de Miguel, sabía que compartía mi pensamiento. No obstante, era una forma fácil para los extraterrestres y esos seres superiores como Xillen y los Maestros, de librarse de tomar una decisión.

Y sin embargo, la discusión continuó un largo rato, hasta que se escuchó la orden de los Maestros de dejar la decisión para mañana. Se abrieron todas las puertas y los Maestros se retiraron por la misma puerta lateral, mientras nosotros, los guardianes, salíamos por la principal.

En el corredor nos dividimos. El grupo encabezado por Camilo subió por las escaleras de la derecha, mientras nosotros seguimos más al fondo, en busca de nuestras habitaciones.

— No entiendo por qué acabó tan rápido. — Dijo Miguel entre dientes sin ocultar su mal genio.

— No lo sé, — contesté. — ¿Tú qué crees, Xillen?

— La respuesta es muy sencilla, amigos míos. No tomaríamos el camino correcto sin pensar bien la propuesta por Tylais realizada. Tiene razón, él, al darnos a entender que los humanos serían los más apropiados para imponer un castigo a otro humano. Más ello nos excluiría al resto de la participación de este debate y ese es el motivo que nos impulsa a largo rato meditar en esta delicada cuestión, antes de decidir si en ustedes confiar o no. — La miramos con sorpresa al terminar ella la frase, pero ella no acababa aun: — Si con seguridad llegarán a la decisión correcta.

— ¿Crees que llegaremos a esa decisión? — La pregunta, cargada de veneno, saltó de mis labios sin pensar y me arrepentí de inmediato.

Xillen no respondió. Habíamos llegado hasta la puerta de su habitación y ella, tras abrirla, se detuvo bajo el marco, dándome la espalda. Sentí un frío que provenía de ese cuarto y se me erizó la piel.

— No confundas, amigo mío, la amistad que a ambos profesó, con la responsabilidad profesional. — Fue su respuesta. — Por ahora me despido. — Y cerró la puerta.

Me quedé mirando como un estúpido la puerta de roble ocre, sin entender del todo esa actitud tan fría por parte de ella. Tal vez, su papel de imparcial regresaba de lleno en ese momento y eso sería lo más lógico para representar el papel de jurado. Quizás no estaba contenta con nosotros por el error que cometimos en nuestra primera deliberación. No sabría decirlo con exactitud.

Quería compartir mis pensamientos a Miguel, pero este me fulminó con la mirada antes de que abriera la boca. Él también se sentía afectado por lo ocurrido y, hasta donde entendía, no soportaba la idea de sentarse al lado de sus enemigos. Definitivamente, esta prueba impuesta por los Maestros era dura.

Recorrimos en silencio el resto del camino hacia la habitación que compartiríamos hasta el final de la tregua. Era un silencio pesado y forzado. Parecía que la presencia de uno molestaba al otro y viceversa. Cada quién quería quedarse a solas para poner en orden sus ideas.

Dejando a Miguel en el cuarto, salí del castillo y me dirigí a la punta de la montaña, esperando que la vista del valle me reconfortase. Mi escudero se lanzó a mi encuentro, preguntándome si quería mi caballo y su compañía. Decliné ambas ofertas. Mientras caminaba, el aire fresco, combinado con el verdor que me rodeaba y el alegre brillo del sol, me devolvieron poco a poco el ánimo que perdí entre las paredes del castillo. La calma que me rodeaba me inspiró la tranquilidad

que necesitaba para pensar, así que desistí en llegar a la punta de la montaña y me senté al borde del camino, contemplando las nubes que pasaban sobre mi cabeza con perezosa lentitud.

Pensé en los otros cuatro personajes quienes guardaron silencio sin aportar una idea, hasta que comenzó la pelea si los humanos debíamos ser los que juzgásemos a Heitter. Estaba casi seguro que ellos jugaban un papel casi nulo en la línea de mando del bando enemigo. Los dos personajes que llamaron mi atención eran el scringchiano y el humano. Podía afirmar que el tal Camilo y el otro, eran la mano derecha e izquierda de Heitter. Y también me di cuenta que necesitaban de su presencia y liderazgo. Nunca antes, en nuestros años mozos, imaginé que Heitter tuviese dotes de liderazgo. Más parecía de aquellos que siguen al montón sin aportar mucho. Pero me equivoqué. Ellos tenían necesidad de Heitter. Sabían que sin su presencia no tenían posibilidades de ganar. Eso y el miedo, que con seguridad él les había infundado, lo convertían en una necesidad de la que ellos no podían prescindir. Esto nos facilitaba en gran cantidad las cosas.

La realidad nos mostraba que el enfrentamiento sería entre Heitter, Camilo y Tylais; contra Miguel, Xillen y yo.

Tres contra tres...

Porqué los débiles no eran tenidos en cuenta...

II

Demoraron dos días. Dos largos días en los que nos negaron, con elegancia, el acceso a la sala. No sé qué pasaría con Camilo, ni me interesaba, pero Miguel y tuvimos que vagar, durante lo que parecieron siglos, por la comarca en espera de la decisión. Parecía que nosotros éramos los juzgados y no Heitter, y en cierto modo así era. Se estimaba en ese momento nuestra capacidad de ser jueces dignos o no de un hombre encontrado de antemano culpable de sus delitos.

Miguel todavía estaba resentido por la reprimenda de Xillen. Aunque yo no apoyaba a Miguel, también tuve esa misma idea. Nosotros, los hombres, evitamos tomar decisiones drásticas, relegando en señales divinas o leyes estúpidas. Era comprensible que tanto Miguel como yo, pensáramos en una justa para resolver el problema. Más no era lo correcto y Xillen nos lo mostró, aunque no de una manera agradable.

Era la tarde del segundo día y ambos, entre la melancolía, sacamos un poco de alegría y le exprimimos todo el jugo posible en la taberna, a punto de cerveza, aguardiente y vino. La juerga duró hasta el amanecer y ambos quedamos dormidos en la mesa del centro del local. Cuando la mañana siguiente un siervo nos despertó, avisándonos que nos necesitaban en el castillo, ninguno podía mantenerse en pie por más de cinco minutos, y la palidez y ojeras de ambos rostros resaltaban la tremenda resaca por la que atravesábamos en ese momento. Así que la noticia no fue recibida con alegría. Al contrario, después de palabras fuertes, Miguel estuvo a punto de sacar al siervo a patadas, pero yo lo agarré en silencio por la cintura, lo saqué a la calle y lo tiré en un barril de agua lluvia. Salió enseguida, escupiendo agua y maldiciendo mi estirpe desde el principio de los tiempos. Me reí de buena gana de la escena y luego de que Miguel saliera, repetí la misma operación conmigo, sintiendo la frescura el agua borrar en parte la resaca que me estaba matando. Luego me dirigí al castillo en busca de ropa fresca y después de cambiarme, pasé al salón.

Ocupaban las mismas sillas que la última. Miguel ya estaba sentado y su mirada expresaba el aburrimiento que sentía en ese momento, esperando algo. Me senté en mi sitio y entonces los Maestros hablaron casi al unísono, parecían ser uno, aunque alcanzaba a distinguir las dos voces:

— Guardianes, — dijeron, — tomado hemos la decisión que se acerca más a lo correcto y justo. Seréis vosotros los encargados de decidir el más apropiado castigo para el llamado Heitter. Es justo que seáis vosotros los que dicho castigo impongáis, ya que sólo vosotros a fondo conocéis la raza vuestra, y sabréis aquello que lo más apropiado sería para la falta que se ha cometido. — Hubo una pausa en la cual nadie habló. Los Maestros continuaron: — En cuenta tened que responsabilidad como esta dada a los guardianes nunca había sido, vosotros los primeros seréis en esta oportunidad tener y se centran nuestras esperanzas en que a la correcta decisión lleguéis.

En seguida, los presentes se levantaron, incluyendo los Maestros, pero nosotros, los tres humanos, permanecimos sentados por alguna extraña razón.

Después, nos saludaron y, uno a uno, salieron por la puerta principal que luego se cerró de un golpe. Nos quedamos en silencio, llenos de sorpresa, mirando la cerrada puerta, sin creer todavía el acto que presenciábamos. Pero, ¿qué tenía de raro? Tomaron su decisión y nos dejaron el resto a nosotros.

— Bueno, — dijo Camilo y una risa nerviosa cruzó su rostro. — Aquí estamos...

Dejó la frase en suspenso, pero ninguno respondió. Miguel le lanzó la mirada más odiosa de la que era capaz y yo traté de organizar un poco mis ideas.

— ¿Y, bien? — Insistió Camilo.

— Y bien, ¿qué? — Le lanzó Miguel.

— Mira, pedazo de idiota, — Camilo no se intimidó por la actitud amenazadora de Miguel y hasta se levantó un poco de la silla, retándolo. — No me das el mínimo miedo. ¡No soy como los idiotas que están conmigo, así que deje las maricadas!

Miguel hasta se sorprendió por la respuesta, pero reaccionó enseguida y su mano buscó espasmódicamente el sitio donde debía estar la espada, más esta se encontraba en este momento muy lejos, en la habitación, junto con las ropas mojadas que se había quitado. Sin embargo esto no le detuvo y, tras apartar con un movimiento brusco la silla, se dirigió a zancadas a Camilo que hacía lo propio desde su sitio. Se lanzaron casi corriendo al encuentro, cada quién con los puños listos para romperle a su enemigo mortal hasta la última fibra de su cuerpo; mientras que yo apartaba mi silla y les gritaba que se detuvieran. No me hicieron el menor caso y cada uno se encontró con un formidable puñetazo. Camilo recibió el golpe en la nariz y Miguel en la frente. Se escuchó un sonoro "clunk" y la sangre comenzó a manar a raudales del tabique roto de Camilo. Levantó una de las manos protegiéndose la cara y con la otra se preparó para responder al eventual ataque de Miguel, cuando se dio cuenta de que este último caía muy, pero muy despacio al piso. Se relajó de inmediato y caminó de vuelta a su lugar. Se sentó con calma, aunque su respiración revelaba lo contrario, y reclinó la cabeza contra el respaldo. Me acerqué corriendo a Miguel, pensando que estaba muerto, pero después de ponerle dos dedos en la yugular, percibí un pulso débil. Luego miré su rostro, y vi que en la frente tenía estampada una figura en forma de rombo, que rápidamente adquiriría un color violeta. No acertaba a entender lo sucedido y miré con estupor a Camilo. Este se dio cuenta que le miraba y tras comprender mi inquietud, se limitó a mostrarme su mano derecha: el dedo medio relucía un grandioso diamante, engastado en un anillo de plata. Esto me causó tanta gracia, que rompí a reír de inmediato.

Todavía riendo, ayudé a levantarse al ahora atolondrado Miguel y lo senté. Aunque ya estaba consciente, todavía no era capaz de entender qué camión lo había atropellado.

Me acerqué a Camilo.

— ¿Cómo está?

— Ejte idiota me pagtió la nagiz. — Me respondió y esbozó una sangrienta sonrisa.

— Deje ver...

Él me permitió que le examinara. Sí, tenía una fractura, pero yo era experto en causarlas, no en arreglarlas.

— Va tocar llamar al médico. — Dije de mala gana. No me causaba ninguna gracia el explicar lo sucedido. Pasaron sólo cinco minutos después del discurso de los Maestros y ocurría esto...

— Espérese un segundo. Ya traigo a alguien.

No me tomó mucho tiempo encontrar a un médico. Al salir me topé con Xillen y no pude más que contarle la verdad.

— Si es así como vosotros, los humanos, tomáis una decisión, me dejáis sin palabra... — Fue su único comentario, pero accedió acompañarme y ayudar a ambos.

Una hora después, Camilo relucía un pulcro vendaje en la cara y Miguel un gigantesco chichón en su frente. Ambos sentados, mirándose con fiereza, sin decir palabra. Xillen se había ido hacía rato, pero el silencio seguía reinando en la habitación. Aunque la situación era delicada, a mí me causaba tal gracia que me tomaba enormes esfuerzos no reír. Miraba a uno, ora a otro y no evitaba pensar en lo idiotas que éramos y poca cosa a comparación de otros seres. Ni siquiera éramos capaces de menguar nuestras diferencias bajo una bandera de tregua.

Definitivamente: cuando odiábamos, lo hacíamos con toda la seriedad del caso.

Podría remitirme a nuestra historia y analizar las susodichas treguas que siempre terminaban quebrantadas, por no reprimir las diferencias o, también los odios; ya sean interraciales, religiosos o de otra índole. Sí, los humanos éramos una raza aparte en el escalafón de las razas que hasta ahora había conocido.

Mi buen genio comenzó a esfumarse, a medida que el silencio se prolongaba.

— Bien... Vamos a seguir así ¿o qué? — Pregunté bruscamente.

No hubo respuesta.

— Miren, ya que ustedes dos se quieren tanto, se lo pongo de esta manera: mientras más rápido terminemos con esto, más rápido saldrán de aquí a matarse con tranquilidad. — Lo dije con brusquedad, pero sin evitar añadir ironía a las palabras.

Y la reacción que obtuve fue inmediata. La atmósfera de odio se esfumó como por arte de magia, para ser reemplazada por otra de hipocresía.

— Tienes razón, Enrique. — Dijo Miguel y por primera vez en toda la hora desvió la mirada de Camilo. — Es mejor que nos dediquemos a lo que llegamos. ¿Cierto, Camilo?

— Sí, Miguel. — Camilo respondió igualando el tono de Miguel. La comedia empezó. — ¿Alguien tiene alguna idea?

— Pues, bueno... Gm... — Miguel se aclaró la garganta, pasó con delicadeza la mano por su deformada frente y dijo: — Pienso que la idea general es la de joderlo, sin lastimarlo... Así que, aunque la idea de una justa era buena, habría que modificarla... Algo así como... No sé... ¡Quizás un castigo público, que le den cincuenta latigazos y basta! — Miguel por fin halló una salida entre esas palabras sin sentido.

— No sé... — Después de rumiar un poco la idea, respondió Camilo. — Sería peligroso, podría morir azotado. Y nosotros no queremos eso, ¿cierto? — Esbozó una sonrisa.

— Bueno, tal vez deberíamos... — Comencé, pero no terminé...

— ¿Qué?

— Nada...

Y otra vez silencio. Y creo que entendía la razón. No imaginábamos un castigo ejemplar que no implicara la sangre. Un castigo que no fuera físico, para nosotros no era castigo. Más así era como nosotros castigábamos a aquellos que, en nuestro concepto, lo merecían.

Habían tres clases de castigo que siempre aplicábamos: el físico, el moral y el de la sangre. ¿Más qué clase de castigo se merecería Heitter? El de la sangre quedaba descartado de antemano; el físico no sería castigo serio para semejante acto; el moral no se aplicaba a un hombre que no conocía aquella palabra...

— Miguel...

— ¿Qué?

— ¿Qué clase de castigo le aplicaría usted a un paladín que ha cometido un acto semejante? — Pregunté.

— ¡¿Qué?! — Pareció sorprendido por la pregunta y no acertaba a comprender lo que le decía.

— Se acuerda... En Dungeons...

— Ah... Sí... — Pero ese "sí" se refería a que comprendía la pregunta, más no que sabía la respuesta. Después de meditar un rato respondió: — Bueno, primero se le quitaba su rango de paladín, se le excomulgaba de la iglesia... Terminaba sus días como un pastor o un pobre monje. Era en contadas ocasiones que volvía a ocupar su puesto de paladín... — Miguel se detuvo, recordando. — ¡Ah, sí! Tenía que demostrar que seguía siendo paladín, demostrando su valor, mediante un acto heroico que compensara la ofensa...

— Ok... ok... — Interrumpió Camilo. — Creo que lo comprendo... Habría que obligarlo a realizar algo que lo reivindicara.

— No es así de sencillo... — Respondí entre dientes. — La idea general es esa, pero debemos trabajar en ella.

— ¿Y?

— No sé... Tan sólo digo que debemos trabajar en ella.

— Bueno, qué les parece si lo ponemos a, no sé... buscar el Grial o algo... — Dijo Miguel y me sorprendí de que él fuera el que saliera con semejante propuesta.

— ¿Qué? Miguel, hombre, esa no es una buena idea...

— ¿Por qué? No lo sacamos de su cargo de guardián, tampoco le molemos a golpes. No le confinamos a este mundo. Tiene una misión que cumplir, pues que la cumpla... — Y sonrió.

Camilo se rió, puso los codos sobre la mesa y, apoyando la cabeza sobre las manos, respondió entre risa y risa:

— Buena la forma de poner a Heitter fuera de combate con elegancia, Miguel. No se le castiga, pero se le obliga a ser un pobre caballero andante, que recorre este mundo en busca de una cosa que ni siquiera en el nuestro encontraron... Elegante... — Repitió y rió con mayor deleite.

Miguel se ofuscó, pero se dio cuenta del error:

— Era una idea, no más... ¿Tiene una mejor?

Camilo no respondió y me di cuenta que los ánimos comenzaron a exasperarse nuevamente. Para evitar un nuevo enfrentamiento, fingí que bostezaba y estiré lo brazos desesperándome.

— Estoy mamado... — Dije bostezando. — Además, esta resaca me está matando... ¿Qué les parece si dejamos esto para mañana?

— Estoy de acuerdo, — respondió Camilo.

— Sí... — Dijo Miguel para no quedarse atrás y fue el primero en salir.

Camilo me miró fijamente. Parecía esperar algo, pero yo no sabía qué.

— Su amigo es un burro de primera, — fue su introducción, siempre con la sonrisa por delante.

Me tomó por sorpresa. Esperaba cualquier cosa, menos esto. Sentí que la adrenalina comenzaba a fluir por mi cuerpo y cómo la palidez cubría mi rostro. Pero no me dejé llevar...

— ¿Y?

— No entiendo cómo es capaz de aguantarlo, hermano. — Continuó con toda la naturalidad del mundo. — Es un pobre idiota que se deja dominar por sus impulsos, creyendo que a punta de puño se resuelve cualquier problema...

Yo ya comprendí para donde iba...

— Sí, es cierto, pero en muchas ocasiones resulta endemoniadamente efectivo, ¿no es cierto? — Le devolví la sonrisa, mil veces amplificadas e indiqué con un movimiento de cabeza el vendaje que cubría su rostro.

Camilo pareció ofuscarse ante mi negativa de un enfrentamiento. Su táctica de obligarme a perder el control no daba resultado, así que decidió cambiarla...

— Pero ustedes han sido de buenas, les tocó con esta vieja... la imparcial...

— Xillen, — le ayudé con amabilidad.

— ¿Qué?

— Ese es su nombre: Xillen. — Le repetí.

— Ah... Bueno... si no fuera por ella, ya estarían aniquilados. Ya habríamos ganado. Creo que sin ella ustedes no son nada... — Volvió a sonreír, pero le faltó fuerza y convicción a sus palabras. Había perdido el entusiasmo del principio y se tambaleaba sensiblemente en su posición.

— Quizás tienes la razón, Camilo. — Le devolví la pelota.

— Quizás... — Repitió él la palabra, pero esta vez sin sonreír.

Su propia táctica se volvió contra él, mientras que yo le daba un millón de gracias mentales a Xillen. Si no fuera por las lecciones de paciencia y tolerancia que impartidas por ella décadas atrás, estaría estrangulando a Camilo con el mayor de los placeres del mundo.

— Más eso no viene al caso, ¿cierto? — Insistí.

— No.

— Entonces, ¿qué quiere?

Su respuesta no fue inmediata. No esperaba que la conversación tomase este rumbo y se detuvo a pensar bien su respuesta.

— Creo que lo mismo que ustedes: acabar con esto lo más pronto posible.

— Entonces, ¿por qué no se rinden?

— ¿Qué?

— Sí, ríndanse. — Me deje llevar por una inspiración casi milagrosa. — No han ganado una batalla durante mucho tiempo. En la última, sus fuerzas se disminuyeron drásticamente. Su general es ahora un proscrito en espera de sentencia. Creo que deberían rendirse...

— ¡Nunca! — Camilo se levantó, iracundo. Sus ojos despedían centellas y mantenía los puños crispados, listos para entrar en acción. — Nunca. — Repitió mas quedo. — Es cierto que ustedes tienen ahora la ventaja, pero cuando regrese Heitter... — Dejó la frase en suspenso y salió.

Me quedé pensativo. Su amenaza no surtió el menor efecto. Ya estaba acostumbrado a la muerte y el pensar en ella no me molestaba. De hecho, después de la última batalla, perdí todo atisbo de sentimientos y tan sólo me rodeaba una apatía absoluta, sumada a la indiferencia ante lo que ocurría alrededor, a menos que mi futuro inmediato dependiese de ello. Y pensar, que cuando esto comenzó, llegué con ideales románticos: defender la Tierra y el Universo entero. ¡Ja! Ahora no sabía lo que me interesaba. Ni siquiera sabía a ciencia cierta porqué me encontraba todavía ahí. Pero muy dentro, en mi interior, quedaba todavía una virtud, si es que se le puede calificar de esta manera: era la responsabilidad. Tenía un compromiso que cumplir y eso era todo lo que ocupaba mi mente.

Todavía me preocupaba por mis amigos. Me pesaba la suerte de Andrés y de JJ. Pensaba en el futuro de Miguel, me preocupaba por Xillen, pero...

Pero esas emociones perdieron sinceridad. Se convirtieron en algo espasmódico, constante. Carente de todo sentido. Y a pesar de que sonaba frío, inhumano e impensable, tenía lógica. No podía darme el lujo de caer mentalmente, de destrozarme mi espíritu preocupándome por ellos y al mismo tiempo, concentrarme en sobrevivir y ganar batallas.

...Sí... la poesía y la épica, habían desaparecido...

III

El tiempo transcurrió veloz y, casi sin darnos cuenta, pasaron más de tres semanas sin llegar a una decisión. A pesar de intentar lo posible por mantener la neutralidad en nuestras reuniones, la mayoría terminaban en fuertes dimes y diretes, que conducían a los puños. Más parecía un campo de batalla que una deliberación. En las últimas reuniones, ni Miguel, ni yo soportábamos la física presencia de Camilo. El tan sólo sentir su energía en el mismo cuarto que nosotros, provocaba náuseas y ganas de matarlo. Por ello, tras pedir un permiso especial a los Maestros, nos dimos tres días de descanso.

Regresamos al pueblo y lo primero que notamos, era que la gente del pueblo evitaba cualquier contacto con nosotros. Tampoco encontramos a Xillen, a pesar de que la buscamos tanto en el castillo, como en el pueblo.

— ¿Qué demonios está pasando? — Preguntó Miguel, al ser ignorado por enésima vez por uno de los pueblerinos.

— Seguramente tenemos prohibido el contacto con los habitantes, hasta que lleguemos a una decisión. — Respondí, huraño. No me gustaba la idea de esta forzada reclusión.

— ¿Qué hacemos, entonces?

— No sé usted, Miguel, pero yo trataré de descansar y conozco el sitio perfecto para ello.

— ¿El río?

— Sí... Pero primero quiero pasar por el cementerio... — Dije en tono bajo.

Quería visitar la tumba de Andrés. No sé qué misterioso deseo me movía a ello, pero quería hablar a solas con él.

Miguel pensó un rato antes de responder.

— Entonces, lo espero en la taberna. — Y se alejó.

Yo sabía a la perfección el porqué no quería ir al cementerio. Todavía sentía remordimientos por la muerte de Andrés, pero lo que me sorprendió fue su intención de acompañarme al río.

Sin embargo, no pensé mucho en el asunto. Caminé en dirección al cementerio, ubicado en las afueras del pueblo, al sur. El camposanto era un pequeño terreno, rodeado de una endeble cerca de madera. Se notaba la falta de cuidado. Algunas de las tumbas estaban hundidas; otras, en cambio, desaparecían entre el pasto. Alrededor había un pequeño bosque de pinos verdes, y sus amarillentas y puntiagudas hojas, que cubrían el suelo, parecían delimitar el mundo de los vivos y los muertos.

Busqué la tumba de Andrés. El pasto ya comenzó a trepar sobre el montón de tierra reseca. Una única lápida indicaba el nombre del señor. No había ni fecha ni epitafio. Tan sólo un único nombre, que hacía constar que bajo ese montón de tierra yacía un hombre, desde hace quién sabe cuantos años y quién sabe qué rango. La muerte era igual para todos y la sepultura no hacía diferencia entre señor y campesino, entre rico y pobre, entre ladrón y honrado.

Me acuclillé frente a la lápida y por unos segundos guardé silencio. Recordé a JJ y lamenté que él no tuviese una tumba como Andrés. La tumba de JJ eran las profundidades del mar, por lo menos lo que a este mundo se refería. Mi mente voló en el tiempo, a través de los momentos que pasamos juntos, de momentos felices, cómicos, trágicos. Recordé la Universidad, los juegos en el apartamento de Andrés, los intentos frustrados de JJ de aprender algún tema en especial para un parcial... Incluso alcancé a ver a Heitter, con la baraja de cartas apergaminadas, retando siempre a alguien a un juego de póker... No puedo negar que la nostalgia que me envolvió era fuerte. Algunas lágrimas rodaron por mi rostro y cayeron sobre la tumba. La tierra las absorbió enseguida, ávida de líquido, aunque fuese salado...

Y así permanecí largo rato, rememorando paso a paso nuestra vida como los cinco inseparables amigos. Como el grupo intenso que asombraba a muchos de la universidad, del colegio y del barrio. Restaurando pieza por pieza las imágenes de nuestras vidas, antes de la visita al psicólogo. Al llegar a ese punto, las imágenes se tornaron más oscuras. El grupo sufrió una pérdida y a partir de ese momento comenzó el desespero...

Andrés...

Todavía no lograba comprender lo que le empujó a realizar esa misión suicida. No asimilaba esa necesidad de él a salir en busca de problemas, estando todavía recuperándose.

Y la ejecución...

Todos los momentos de esa batalla cubrieron en mi mente por una niebla oscura, revelando por momentos escenas vívidas, pero fugaces, sin tener una conexión con la siguiente. Y ahora... frente a la tumba de Andrés, parecía como si un gigantesco telón se había levantado en mi mente, permitiendo revivir una a una, en cámara lenta, las imágenes. El desespero comenzó a llenarme y fui arrancado de mi sitio por un remolino de odio que superaba la imaginación y en mi mente tan sólo había un pensamiento: matar a Heitter a como de lugar...

Y sin embargo...

Y sin embargo me contuve... Saqué fuerzas de la flaqueza y en lugar de comenzar a lanzar aullidos, maldiciones y juramentos salvajes a diestra y siniestra, me dejé caer de rodillas y lloré. Hacía siglos no había llorado. Olvidé el alivio que traen consigo las lágrimas, olvidé que los ojos son la salida del alma...

Había olvidado tantas cosas...

Olvidé que en mis manos descansaba el poder para decidir el futuro de la humanidad, el futuro del universo, el futuro de un dios. Y ahí, frente a la tumba de Andrés, mis ojos, que permanecieron cerrados durante tanto tiempo, comenzaron a abrirse lentamente, a asimilar la verdad a la que me enfrentaba.

La última pieza del rompecabezas encajó en su sitio...

Miguel estaba sentado al frente de la taberna, bebiendo una cerveza. Me vio desde lejos, pero permaneció sentado, esperando a que me acercara. Me senté a su lado en silencio. Miguel tomó un sorbo lento y largo y sin mirarme, preguntó:

— ¿Cómo le fue?

No le respondí. Tan sólo entré en la taberna y al rato volví a sentarme al lado de mi viejo compañero de armas, con una cerveza en la mano.

— ¿A dónde cree que iremos esta vez? — Pregunté.

— No lo sé. — Respondió Miguel de mala gana. — Y a decir verdad, no me importa. Otra época, otra batalla, mismas muertes, mismos enemigos y mismo futuro incierto...

Me quedé mirándolo, sorprendido. No era típico de él hablar así. Siempre estaba ansioso para encabezar una batalla y ahora... Recordé lo pensado en el cementerio y lo parecido de nuestras ideas. Y la respuesta era tan lógica que parecía risible: estábamos cansados.

— Quizás deberíamos quedarnos aquí. — Dije. — Sinceramente, nos da lo mismo ir hasta el río o quedarnos. — Aclaré, al ver la sorpresa pintaba en el rostro de Miguel.

— Sí. — Miguel tomó otro trago de cerveza y mirando el suelo dijo, — deberíamos aprovechar ahora para tratar de decidir algo respecto a Heitter. No aguantaría otro día encerrado con Camilo en la misma habitación...

— Sé a lo que se refiere. Es insoportable, ¿cierto?

— Sí. Hasta Heitter es preferible a ese idiota.

Solté una sonrisa amarga.

— Por lo menos él sabe de cortesía y respeto.

— No sé como se lo aguanta Heitter. — Miguel miró el fondo de su jarra y la dejó a un lado.

— Lo aguanta por que lo necesita. ¿Se dio cuenta que casi todos los alienígenas son de naturaleza pacífica?

— Sí. Parece que nosotros somos los más inventivos de entre todos. ¿Quiere más cerveza?

Respondí que sí. Miguel fue a la taberna por otras dos. Se demoró un poco y cuando salió, estaba furioso.

— ¡Maldito cantinero! No es capaz ni siquiera decir "a la orden". ¡Me desespera que me ignoren! — Miguel se sentó y me pasó el trago. — ¡Que los ahorquen a todos! Y todo por culpa del idiota de Heitter. Si tuviera una pizca de honor, se quedaría en la batalla y estaría ahora a tres metros bajo tierra. — Pero la furia de Miguel no se debía precisamente al silencio del cantinero. — Nosotros, nos matábamos como borregos, yendo en primera fila, entrando en el campo enemigo, mientras que él está detrás de sus filas, feliz y contento y, en caso de peligro, se vuela a la tierra y cuando regresa nos ordenan: "no lo castiguen duro, es un buen muchacho y merece vivir". ¡Maldita sea! — Y Miguel le lanzó un buen golpe al escalón sobre el que estábamos sentados, haciendo crujir la madera.

— Y aguantarnos al idiota de Camilo... — Agregué, sin pensar.

— Peor a él. — Fue como si le echaran leña seca a la candela. — ¡Ese lame botas es todavía peor! Lo único que hace es hurgar en la herida sin aportar nada nuevo y todavía se pone bravito si se le dice algo. En lo único que piensa es en cómo salvar a Heitter. No quiere ni siquiera entender que la tiene que pagar y lo que él está haciendo, es alargar todo esto. ¡Imbécil!

— Pero hay que dar gracias a ello, Miguel.

— ¿A qué?

— A que Heitter casi nunca se juega el pellejo. Quizás por ello es que no conoce tan bien este juego como nosotros. Él supone, más no sabe lo que sucede en el frente. Él no sabe lo que sufren los hombres, sus penalidades, sus miedos. — No había comido nada en todo el día y esa jarra de cerveza hacía estragos en mi cuerpo. — Él no sabe lo que es un asedio, siempre acostumbrado a que los demás hagan el trabajo sucio por él. Por eso fue que se revelaron los hombres en su contra. Un general así no es de temer. Tarde o temprano sus actos se volverán en su contra y en ese momento la victoria será nuestra.

— Más me encantaría que por lo menos una vez él supiera lo que se siente...

— Ya lo probó, hermano. — Miguel me miró, sin comprender. — En la primera batalla, recuerde que él fue el que le hirió... — Y me arrepentí inmediatamente de lo dicho, al ver como relampagueaban los ojos de Miguel.

— Sí... Recuerdo... — Siseó entre dientes.

— Y también estuvo debajo de los muros, cuando usted le propinó ese mandoble. — Y con ese agradable recuerdo, Miguel se relajó.

— Después de todo hay que reconocerlo, — dijo Miguel, después de meditarlo un rato. — Tiene pelotas el renacuajo.

La comparación me hizo tanta gracia que rompí a reír. Pero en ese momento, mientras reía, se me ocurrió una idea bastante aplicable:

— Y, ¿qué tal si ponemos al renacuajo a saltar bien adelante?

— ¿Qué quiere decir, Enrique?

— Hombre, Heitter estuvo en primera línea, es cierto, pero siempre acompañado por guardaespaldas y después de las dos o tres primeras olas de ataques. Es inteligente. No quiere perecer en el primer encuentro, pero tampoco quiere que sus tropas lo vean como un cobarde. Así que espera las dos primeras olas de ataque y cuando las ganas de ambos ejércitos han menguado, salta al frente, con los guardaespaldas por delante.

— ¿Y qué?

— Pues, hombre, ¿qué le parece si como castigo lo ponemos al frente, sin guardaespaldas, digamos en cinco o seis encuentros distintos, como un soldado raso, en la primera línea de ataque, en la primera ola? Así no perderá su título de guardián, tampoco se verá limitado para decisiones, también adquirirá el conocimiento que quiera y todo por lo que Camilo ha fregado la vida. Si muere, pues hombre, eso nos espera a todos. Y si Camilo va a joder que en primera línea tiene pocas probabilidades de sobrevivir... Nosotros somos el ejemplo perfecto para contradecirle... La única condición, es que los Maestros lo bloqueen para que no huya...

Miguel rumió la idea un rato, hasta que vi que sus ojos chispeaban y comprendí que estaba de acuerdo con la idea.

— Así tendré mayores oportunidades de encontrarlo y cortarle la cabeza de una vez por todas. ¡Brindo por eso! — Dijo con alegría y vació de un trago la jarra.

IV

Los tres días pasaron en un abrir y cerrar de ojos. No era tanto el descanso lo que necesitábamos, como el alejarnos de Camilo y sus constantes provocaciones. No puedo decir que Miguel o yo fuéramos santos, pero no buscábamos el enfrentamiento como él. Descansamos paseando por el pueblo y sus alrededores. Al día siguiente de lo acontecido en la taberna, Miguel me acompañó a la tumba de Andrés. En un principio, se detuvo frente a la lápida taciturno y cabizbajo, sin decir una sola palabra. A medida que pasaba el tiempo, su rostro comenzó a serenarse poco a poco y las emociones negras y pesadas que aprisionaban su alma lo abandonaron al ser reemplazadas por otras buenas. Al salir del cementerio, comprendí que Miguel estaba en paz con Andrés y consigo mismo. El tiempo de luto terminó para él.

La reunión con Camilo en el castillo fue productiva. Después de mucho renegar y buscar el tercer ojo al tuerto, por fin aceptó la propuesta, con una pequeña enmienda: no quitarle los guardaespaldas a Heitter. Insistió que al fin y al cabo era un guardián y además de eso, uno de los "mejores"; si nosotros le quitábamos los guardaespaldas, era como si lo mandásemos a una muerte segura.

Me pregunté en ese momento cómo sobrevivimos sin guardaespaldas. Pero ya estábamos tan cansados de esas inútiles discusiones, que accedimos de buena gana, con tal de acabar con esto. Camilo salió con la suya, pero eso ya no importaba.

Al otro día nos esperaban los Maestros y demás guardianes, incluyendo a Xillen. Camilo fue el encargado de transmitir nuestra decisión a todos y, afortunadamente, estuvieron de acuerdo, aunque vi que la idea no agradó del todo a los Maestros. Sin embargo, aceptaron nuestra decisión, sin inmutarse.

La tregua por fin terminó y sólo quedaba esperar a que Heitter regresara. Además, la gente del pueblo por fin volvía a dirigirnos la palabra y Xillen no se despegaba de nuestro lado. Era reconfortante saber que el mundo de nuevo tenía en cuenta y que la prisión voluntaria en la que estábamos reclusos, al fin abría sus puertas.

Todo era alegría en nuestro bando. Celebrábamos cada vez que podíamos y disfrutábamos de cada momento que teníamos. El bando enemigo se retiró, pero ninguno sabía a donde. Xillen me comentó que ellos tenían un pueblo igual que nosotros y con seguridad se dirigieron a ese lugar. Miguel, al escuchar sobre la base enemiga, intentó convencer a Xillen, apoyado por mí, para atacarlos, pero ella se opuso rotundamente.

— ¿Por qué? — Insistíamos, pero ella se mantenía firme.

— No es posible. — Repetía por enésima vez. — El pueblo de ellos, como el de nosotros, es un lugar de descanso y nada más. De hecho, amigos míos, las pocas veces que descansamos en este lugar, consecuencia ha sido de treguas. Lo mismo ocurre para con nuestros enemigos. La mayor parte del tiempo, transcurre para nosotros en campos de batalla, ya sea en un castillo, en una ciudad o en campo abierto. Sólo en dichos sitios se realizan combates, más los

pueblos a los que llega cada guardián, son intocables. Es más, cuenta debieron darse que los habitantes de este lugar tratan de modo igual a ustedes y a nuestros visitantes. Lo mismo ocurriría si, por alguna razón, uno de nosotros llegase al otro pueblo.

La dejamos en paz después de un rato.

Ahora sólo quedaba esperar el reinicio de las hostilidades.